

HOMILÍA ORDENACIÓN SACERDOTAL

SODALITIUM CHRISTIANAE VITAE

1. Queridos Gianfranco, Andrés, Fernando, Alberto y Christian. Hoy se ordenan sacerdotes del Señor Jesús. Misterio de elección y de amor; misterio espiritual profundísimo que se realiza en el orden del ser, ya que el don del sacerdocio ministerial, consiste en una identificación ontológica tal con el Señor Jesús, sumo y eterno sacerdote, en virtud de la cual nosotros, débiles y pobres seres humanos, sin mérito alguno de nuestra parte, gracias al sacramento del Orden, podemos hablar y actuar *in persona Christi capitis*.

Lo que hoy le expresan al Señor y a la Iglesia con su *Adsum*, es decir con su “presente”, “aquí estoy”, con el cual hemos iniciado el rito de la ordenación sacerdotal, se hará visible de modo dramático cada vez que celebren los sacramentos y en particular la Eucaristía: aquí estoy Señor, para que tú puedas disponer de mí. Me pongo totalmente a tu disposición. Yo ya no me pertenezco, soy todo tuyo en el tiempo y en la eternidad.

Y es que el sacerdote no se representa a sí mismo y no habla expresándose a sí mismo cuando celebra los sagrados misterios, sino que habla en la persona de Otro, de Cristo. De ahí que a partir de hoy se ponen totalmente a disposición del Señor Jesús y ello les exigirá identificarse con su entrega radical de amor “por todos”. Queridos ordenandos: sólo estando totalmente a disposición del Señor Jesús podrán entregarse de verdad “por todos”.

Vuestra consagración sacerdotal tiene por finalidad y destino una misión. Una misión que no es otra sino la misma misión del Señor Jesús, el Reconciliador. En primer lugar llevar el Evangelio a los demás, para que así todos experimenten la alegría del Señor. Anunciar y testimoniar la alegría del Evangelio es parte esencial de vuestra misión sacerdotal. En segundo lugar, comunicar la gracia que perdona y vivifica. Sus manos ungidas por el santo crisma, y sus labios purificados por este sacramento, se convertirán en la celebración de los divinos misterios, en las manos y en los labios de Dios que enseña, sana, bendice y santifica al ser humano con su amor. Finalmente vuestra consagración sacerdotal tiene por misión manifestar el Amor del Padre que consuela, conforta y guía a su Pueblo, especialmente a los más pobres y necesitados, por quienes deberán tener un amor de predilección.

En resumen, se les encomienda el triple oficio de ser *Maestro, Sacerdote y Pastor*, según el modelo y el corazón de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote. Este es "*el yugo suave y la carga ligera*" (ver Mt 11,29) que el Señor Jesús, el Buen Pastor pone hoy sobre sus hombros y lo pone para siempre: "*sacerdos in aeternum*".

Como hemos señalado, estos oficios los realizarán representando personalmente al Señor Jesús. El "*carácter*" especial e indeleble que el Espíritu Santo imprimirá dentro de poco en ustedes, los configurará con Cristo Sacerdote, para que en los actos principales de vuestro ministerio sacerdotal actúen en el nombre y en la persona de Cristo Cabeza.

Esta identificación con el Señor, quien se hizo servidor de todos, les reclama no buscar la propia exaltación, *“no desear llegar a ser alguien, sino, por el contrario ser para los demás, para Cristo, y así, mediante Él y con Él, ser para los hombres, que Él busca, que Él quiere conducir por el camino de la vida”*.¹ No sucumban a la tentación del “arribismo”, del querer llegar a ser personas importantes, del servirse de la Iglesia y no servirla o simplemente no servir. Recuerden siempre que el único camino para subir legítimamente hacia el ministerio de pastor es la Cruz. Dar la vida, no tomarla, ésta es la clave para vivir auténticamente el ministerio sacerdotal. Sólo así experimentarán la libertad y la verdadera amplitud del ser.

Frente a los grandes problemas que hoy agobian a la humanidad y sacuden a la pequeña nave de la Iglesia, problemas que pueden sumirnos en la desesperanza; basados en la promesa del Señor Jesús que el poder del infierno no hundirá a la barca de Pedro (ver Mt 16, 18), en unión con el Papa Benedicto XVI, hoy les digo: *“Crean en la fuerza de vuestro sacerdocio”* como fuente de transformación, santificación y reconciliación para la Iglesia y para el mundo. Igualmente, *“no tengan miedo”*. En el momento de su ordenación sacerdotal, mediante el signo litúrgico de la imposición de las manos, Cristo los pondrá bajo su especial protección; estarán para siempre escondidos en sus manos y en su Corazón; vivirán bajo su amparo. *“La grandeza del sacerdocio de Cristo puede infundir temor. Se puede sentir la tentación de exclamar con San Pedro: ‘Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador’ (Lc 5, 8), porque nos cuesta creer que Cristo nos haya llamado precisamente a nosotros. ¿No habría podido elegir a*

¹ S.S. Benedicto XVI, *Homilía Santa Misa de Ordenación en Roma, 07-V-2006.*

*cualquier otro, más capaz, más santo? Pero Jesús nos ha mirado con amor precisamente a cada uno de nosotros, y debemos confiar en esta mirada.*²

Por eso, hoy y siempre con renovada ilusión, generosidad y valentía, como corresponde a quien ha sido llamado a ser ministro sagrado del Señor, díganle a Él desde el fondo de sus corazones, siguiendo el ejemplo de San Pedro en el Evangelio de hoy: *“Jesús, yo sé que Tú eres el Hijo de Dios que has dado tu vida por mí. Quiero seguirte con fidelidad y dejarme guiar por tu palabra. Tú me conoces y me amas. Yo me fío de ti y pongo mi vida entera en tus manos. Quiero que seas la fuerza que me sostenga, la alegría que nunca me abandone.*³

2. El Beato Papa Juan Pablo II, solía decir acerca de su sacerdocio: *“la Santa Misa es de modo absoluto el centro de mi vida y de toda mi jornada”*. Que de la misma manera lo sea también para ustedes. Siguiendo con la reflexión del Beato Pontífice, el Papa Wojtyła escribía que *“es un misterioso y formidable poder el que el sacerdote tiene en relación con el Cuerpo eucarístico de Cristo...El sacerdote es el administrador del bien más grande de la Redención porque da a los hombres el Redentor en persona. Celebrar la Eucaristía es la misión más sublime y más sagrada de todo presbítero”*.⁴ San Juan María Vianney estaba convencido que todo el fervor en la vida de un sacerdote dependía de la Santa Misa, por ello expresaba: *“La causa de la relajación del sacerdote es que descuida la Misa. Dios mío, ¡qué pena el sacerdote que celebra como si estuviese haciendo algo ordinario!”*.⁵

² S.S. Benedicto XVI, *Discurso al Clero de Polonia*, 25-V-2006.

³ S.S. Benedicto XVI, *Homilía Misa Clausura XXVI Jornada Mundial de la Juventud*, 21-VIII-2011.

⁴ S.S. Juan Pablo II, *Don y Misterio*, p. 102.

⁵ Bernard Nodet, *El Cura de Ars. Su pensamiento – Su Corazón*. Ed. Xavier Mappus, Fe Viva, 1966, p. 105.

Por ello queridos hermanos que hoy se ordenan presbíteros, que la celebración diaria de la Santa Misa no sea para ustedes realizar una mera función ritual, sino más bien cumplir con una altísima misión que involucra totalmente vuestra existencia de sacerdotes y que consiste vivir en comunión profunda con Cristo prestándole todo vuestro ser, para que Él en ustedes, con ustedes y por ustedes, en medio de su Iglesia, siga prolongando el sacrificio de la redención que nos alcanza la perfecta reconciliación con Dios, con nosotros mismos, con nuestros hermanos y con la creación.

No olviden que el sacerdocio ministerial tiene una relación constitutiva con el Cuerpo de Cristo en su doble e inseparable dimensión de Eucaristía y de Iglesia, de cuerpo eucarístico y de cuerpo eclesial. Por ello que cada celebración de la Santa Misa sea ocasión preciosa para que aprendan y beban el amor de Cristo por Su Iglesia, y como Él, ámenla ustedes con su obediencia y entrega para que de esta manera muchos más lleguen también a amarla. Cada Misa celebrada por ustedes tiene que ser una escuela donde aprendan del Señor Jesús el oficio del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas, es decir, que da su vida por la Iglesia (ver Jn 10, 14-15).

3. Junto con la Eucaristía está ese otro maravilloso sacramento que sólo el sacerdote puede celebrar y que es la Confesión sacramental. El hombre de hoy tiene sed de comunión, de recuperar la unidad perdida por el pecado; tiene sed de reconciliación. Por ello les pido que sean ministros santos de la misericordia divina.

En vuestra vida sacerdotal el “*servicio del confesionario*” debe ocupar un lugar importantísimo. Será ahí donde desplegarán de manera más plena su “*paternidad espiritual*”. Cuando un sacerdote administra el sacramento de la reconciliación, se vuelve en un instrumento para el encuentro de los hombres con Dios; se vuelve en medio para que el pecador arrepentido, con profundo deseo de cambio y de misericordia, experimente, mediante el Sacramento, el encuentro y el abrazo misericordioso del Padre en Cristo.

En los confesionarios, los sacerdotes somos testigos de numerosos “nuevos comienzos”, que tanta alegría producen en nuestro corazón sacerdotal y que renuevan y confirman una y otra vez nuestra vocación. Recientemente el Santo Padre Benedicto XVI, hablando sobre el Sacramento de la Reconciliación, nos ha ayudado a superar esa falsa dicotomía que algunos pretenden presentar entre este sacramento y la evangelización, al decirnos que, “*la nueva evangelización comienza también en el confesionario; parte del misterioso encuentro entre la inagotable pregunta del hombre (...) y la misericordia de Dios, única respuesta adecuada a la necesidad humana de infinito. Si los fieles experimentan realmente la misericordia de Cristo en el sacramento, se convertirán en testigos creíbles de esa santidad que es la finalidad de la nueva evangelización*”.⁶ Por tanto queridos sacerdotes, no es tiempo perdido el tiempo dedicado al confesionario sino todo lo contrario. Apostemos más bien, como nos pide el Santo Padre, por una pastoral renovada y valiente de este Sacramento.

⁶ S.S. Benedicto XVI, *Discurso a los Participantes en el Curso de Fuero Interno*, 09-III-2012.

4. Queridos Gianfranco, Andrés, Fernando, Alberto y Christian: El estar cada día en contacto con la santidad de Dios, les va a exigir trabajar responsable y arduosamente por ser santos. Un sacerdote que no aspire diaria y responsablemente a ser santo, que no coopere activamente con la gracia recibida en el Sacramento del Orden y con aquella que el Señor diariamente le da, no sirve. Cristo necesita hoy sacerdotes maduros, viriles, capaces de cultivar una auténtica paternidad espiritual. La Iglesia necesita sacerdotes santos y santificadores. Sólo así serán testigos creíbles y promotores de santidad entre sus hermanos. No se olviden que los verdaderos frutos pastorales nacen de la santidad del sacerdote.

Para ser sacerdotes santos, “permanezcan con Cristo” en la oración diaria (ver Mc 3, 14), especialmente en la adoración eucarística y en la visita diaria al Sagrario. Sólo creciendo día a día en la amistad con el Señor Jesús mediante el cuidado de la propia vida espiritual y de la formación permanente, llegarán a ser hombres de Dios y encontrarán la fuerza para vivir con mayor entrega y dedicación su ministerio. No se olviden que los fieles cristianos, esperan de ustedes una sola cosa: que sean especialistas en promover el encuentro del hombre con Dios, y esto sólo será posible con el crecimiento diario en la amistad con el Señor Jesús, es decir con ese unir diariamente vuestra mente, corazón y voluntad con la Cristo. San Anselmo solía decir a sus hermanos en la fe: *“Os alimento con lo que yo mismo vivo”*. Las verdades que se anuncian, primero deben descubrirse y hacerse propias en la intimidad de la oración.

Pero ésta no es la única dimensión de la oración sacerdotal: *“Dado que el sacerdote es mediador entre Dios y los hombres, muchos hombres se dirigen a él para pedirle oraciones. Por tanto, la oración, en cierto sentido, ‘crea’ al sacerdote, especialmente como pastor. Y al mismo tiempo cada sacerdote se crea a sí mismo constantemente gracias a la oración”*.⁷

Para ser sacerdotes santos vivan la obediencia. Ábranse todos los días a las exigencias del Plan de Dios en sus vidas, según el ejemplo del Señor Jesús y de Santa María, y bajo la guía y orientación de sus legítimos superiores. Asimismo no se olviden que nuestra obediencia nos exige creer con la Iglesia, pensar y hablar con Ella, más aún cuando pertenecen a una Comunidad que *“tiene plena conciencia de pertenecer a la Iglesia”*.⁸ Especialmente a la luz de la fiesta de hoy, Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, en fidelidad a nuestras Constituciones y respondiendo fervorosamente a la institución del Señor Jesús, profésenle siempre una explícita fidelidad al Santo Padre, Sucesor de San Pedro, que debe manifestarse en la atención con que escuchan su voz y acogen sus enseñanzas, porque *“donde está Pedro, allí está la Iglesia, y donde está la Iglesia, no hay muerte, sino vida eterna”*.⁹

Para ser sacerdotes santos amen intensamente su celibato. El celibato les permitirá tener como Santa María, un corazón totalmente entregado al Señor, siempre abierto a los hermanos, y totalmente libre para el servicio evangelizador.

⁷ S.S. Juan Pablo II, *Discurso con motivo del XXX Aniversario de la Presbyterorum ordinis*, 27-X-1995.

⁸ Sodalitium Christianae Vitae, *Constituciones*, n. 11.

⁹ San Ambrosio, *Explicación sobre el salmo 40*, n. 30.

Para ser sacerdotes santos ábranse cada día a las exigencias de la caridad. Vuestro sacerdocio les exigirá hacerse servidores de todos. La vocación sacerdotal es una vocación de servicio, siguiendo el modelo del Señor Jesús que dijo: *“Yo estoy entre vosotros como el que sirve”* (Lc 22, 27). La caridad pastoral les va a exigir más de una vez *“embarrarse los pies”*, caminar dos millas con aquel que les pida caminar sólo una (ver Mt 5, 41).

Para ser sacerdotes santos sean fieles cumplidores de las Constituciones y demás disposiciones internas del Sodalitium. Como sodálites sacerdotes están plenamente asociados a la misión propia del Sodalitium y llamados por tanto a brindar un servicio para la perfección de la comunidad: Siendo ministros de la vida sacramental, especialmente de la Eucaristía; animadores de la vida y reverencia litúrgica; proclamando y celebrando la Palabra de Dios; cooperando en el crecimiento de la vida interior de los sodálites; robusteciendo su piedad filial a Santa María; siendo artesanos de comunión sirviendo a la unidad y vida reconciliada de la comunidad; y trabajando fraternalmente con sus hermanos sodálites en el servicio apostólico.¹⁰

Finalmente, para ser sacerdotes santos vivan una profunda piedad filial a Santa María. Como San Juan al pie de la Cruz, cada día que celebren la Misa, acójnla como Madre suya que es; recíbanla como signo del amor de Cristo en sus vidas.

¹⁰ Sodalitium Christianae Vitae, *Constituciones*, n. 41.

Contémplesla constantemente como imagen y modelo perfecto de la Iglesia, a la que deben servir con todas tus fuerzas y déjense conformar por Ella con su Hijo, Sumo y Eterno Sacerdote. Vuestro sacerdocio ofrecido diariamente a Santa María, se transformará en un auténtico camino de santidad.

5. Para concluir quiero saludar cordialmente al Sodalitium Christianae Vitae y felicitarlos por estos nuevos sacerdotes. Un saludo cordial a don Luis Fernando Figari, Fundador del Sodalitium y a don Eduardo Regal Villa, su Superior General y a las demás autoridades del Sodalicio. Quiero asimismo expresar mi agradecimiento al Eminentísimo Señor Cardenal Juan Luis Cipriani Thorne, Arzobispo de esta querida Iglesia de Lima y Primado del Perú, por permitirme en su ausencia, realizar estas ordenaciones sacerdotales. Igualmente expreso mi profundo agradecimiento a cuantos han cuidado de la formación de estos hermanos haciendo posible este día. Saludo con afecto y gratitud a los padres de Gianfranco, Andrés, Fernando, Alberto y Christian, ya que hoy hacen a la Iglesia una contribución de sangre, así como a las delegaciones venidas de Brasil, Colombia, Piura y de la Colonia Japonesa en el Perú.

Este año, Dios mediante, cumpliré treinta años de ordenación sacerdotal. El pasado 07 de abril cumplí diez años como Obispo. Ante esta hermosa ordenación de cinco nuevos sacerdotes, que por primera vez acontece en nuestra historia comunitaria, quiero leerles un pasaje de la homilía de mi Ordenación Sacerdotal, que me fue

conferida por el recordado y querido Señor Cardenal Juan Landázuri Ricketts el 18 de diciembre de 1982, cuando apenas el Sodalitium tenía once años de fundación. Creo que estas palabras no han perdido su actualidad con el transcurrir de los años. Ruego a Dios que por nuestra fidelidad, ellas siempre puedan decirse de nosotros en todo tiempo y lugar: *“Para la comunidad del “Sodalitium Christianae Vitae”, a la que perteneces, tiene que ser motivo de gratísima satisfacción y alegría el contar desde hoy con un nuevo sacerdote y poder ofrecérselo a la Iglesia en actitud de generoso servicio. Que una Comunidad apostólica tenga ya, en sus cortos años de existencia, dos sacerdotes y un número considerable de vocaciones (como me consta personalmente), dice mucho de su vitalidad y nivel de exigencia espiritual...Os animo y exhorto a que sigáis siendo el árbol bueno en la Iglesia y en vuestros ambientes, a fin de que el mundo crea en Aquél que os ha enviado y que sostiene vuestros esfuerzos. Os animo y exhorto a que mantengáis siempre viva la llama de vuestro entusiasmo en el servicio del Señor; la llama de vuestro característico amor a María, Estrella de la Evangelización; la llama de vuestro servicio a la Iglesia y a los legítimos Pastores que esperan mucho de vuestra diligente cooperación, de vuestra humilde y sencilla disponibilidad para los arduos trabajos del apostolado”*.

Que estas ordenaciones sacerdotales sean para la gloria de Dios.
Que así sea. Amén.

Lima, 28 de junio de 2012
I Vísperas
Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.

✠ JOSÉ ANTONIO EGUREN ANSELMÍ, S.C.V.
Arzobispo Metropolitano de Piura